

SECCION DOCTRINAL

LAS RELACIONES SOCIALES

Después de la perturbación sufrida por la guerra franco-prusiana, y más todavía por las intestinas discordias y violentas convulsiones de los partidos demagógicos y de las clases relajadas de la sociedad francesa, principalmente en su antes envidiable y envidiada capital, en aquel París, centro de elegancia y voluptuosidad, que ayer era el rey gallardo de la moda, del lujo ostentoso, del brillante ingenio y de las costumbres placenteras y seductoras, y hoy se presenta ante los ojos de la Francia aterrada y de la Europa estremecida arruinado, triste y silencioso como un público penitente, á quien la sombra del crimen de sus desatentados hijos humilla y oscurece, comienza á realizarse la nueva elaboración de las infatigables fuerzas protectoras de la sociedad.

Hay en París una cátedra augusta, la de su metrópoli famosa. La inspiración y la elocuencia cristianas tienen allí en los tiempos recientes tradiciones muy gloriosas: allí el P. Lacordaire, allí el P. Félix, han hecho resonar en días de prueba para la agitada humanidad la voz consoladora del cristianismo en raudales de pura doctrina; y han derramado á torrentes la luz del Evangelio sobre los senos tenebrosos, en que se agitaban á porfía las negras pasiones, sobreexcitadas con gritos de audacia ó con insidias de astucia por los inquietos enemigos del orden social, que no sabiendo ó no queriendo aguardar los legítimos desarrollos de la actividad y de la perfectibilidad

humana, pone tantas veces á prueba la paz y la vida de las naciones, aventurándolo todo á las ardientes utopias de imaginaciones fascinadas ó de espíritus pervertidos.

Hoy sucede á aquellos renombrados oradores otro nuevo é ilustre campeón de las rectas ideas y de los intereses sociales; de esos campeones viriles y animosos que Dios envía en medio de los pueblos en sus mayores conflictos, cuando no ha sonado todavía la hora de su desaparición: el R. P. Monsabré.

Deseamos que nuestros lectores conozcan por su grande mérito y su especial importancia en los días presentes el carácter de su ciencia y de su estilo; y por eso, de *La Semana religiosa de París* correspondiente al sábado 30 de Marzo último, traducimos las interesantes páginas siguientes:

CONFERENCIAS DE NUESTRA SEÑORA DE PARÍS

SEXTA CONFERENCIA

PREDICADA EL 24 DE MARZO DE 1872

Aplicaciones de los principios cristianos á la sociedad.— Las relaciones sociales.

Después de haber examinado la cuestión del poder bajo el punto de vista de los principios cristianos, el R. P. Monsabré concluye en esta última conferencia su estudio sobre la sociedad, colocada entre las amenazas del radicalismo y la enseñanza cristiana.

Decapitada, por decirlo así, la sociedad, no quedan ya sino miembros sueltos: ¿qué va á ser de ellos? El radicalismo no se detiene por esto; decreta que hay una igualdad absoluta entre todos los hombres, y que habiendo sido destruida esa igualdad por las injusticias sociales, es preciso restablecerla por medio de la abolición definitiva y completa de las clases sociales y por la *liquidación social*.

Hé aquí lo que á esta fórmula radical opone la enseñanza cristiana. Hay entre los hombres una igualdad fundamental de derechos y deberes ; pero en la clasificacion de los miembros de toda sociedad hay desigualdades providenciales debidas á causas indestructibles. Una virtud social existe, que temple estas desigualdades, las recoge, las aproxima, y las funde en un órden admirable: esta virtud es la caridad, á la que San Pablo apellida «el lazo de la perfeccion.» *Charitatem habete, quod est vinculum perfectionis.*

El reverendo Padre desarrolla estos principios.

I

Las igualdades fundamentales son :

1.º La igualdad de naturaleza , sobre la cual reposan todas las demas, igualdad desconocida por los filósofos de la antigüedad; pero solemnemente proclamada por el cristianismo, que de este principio, *todos los hombres son iguales por naturaleza*, ha formado una verdad sencilla y familiar.

2.º Igualdad de derechos á la verdad... Si no pueden penetrar todos sus profundidades sagradas, todos pueden reivindicar de ella la parte que necesitan para ilustrar su vida y encaminarla por el rumbo que Dios le ha trazado... Dios quiere que todos los hombres lleguen al conocimiento de la verdad. *Vult omnes homines ad agnitionem veritatis venire.*

3.º Igualdad ante la ley y el deber... Lo que es virtud, es virtud en todos; lo que es vicio, en todos es vicio... Si la justicia y la opinion de los hombres se engañan, llegará un día en que Dios, juez incorruptible, las rectifique, comparando todos los actos humanos á una sola ley, y decretando la suprema y eterna igualdad del castigo ó de la recompensa.

4.º Igualdad de la gracia en todos los que tienen la felicidad de ser cristianos... La misma vida divina; por consiguiente la misma dignidad... los mismos derechos á la consideracion de todos.

5.º Igualdad de destino... Aquellos á quienes Jesucristo ha hecho un mismo cuerpo son compárticipes de su promesa y herederos de la misma dicha y de la misma gloria... El cielo es el lugar supremo para la última reunion de la humanidad... Dios quiere que todos los hombres se salven. *Omnes homines vult salvos fieri.* Si hay algunos que rehusen voluntariamente el someterse á

este designio, ellos mismos habrán formado su propio destino en una igual desventura.

Hé aquí el fondo verdadero de la humanidad: lo constituye la igualdad; y admite todos los accidentes de la vida humana, es decir, las variedades, ya en el órden físico, ya en el órden moral, de forma, de cantidad, de fuerza, de movimiento, de donde nacen las desigualdades sociales.

Estas desigualdades son de todos los tiempos, y en todas partes se ofrecen á las miradas de aquellos que estudian la humanidad en todas sus fases y bajo todos sus aspectos. Siempre y en todas partes ha habido en las sociedades humanas variedades de fortuna, clasificaciones de personas y de familias, una jerarquía en los miembros del cuerpo social, todo lo que es necesario para constituir un órden, porque éste no se concibe sin que haya desigualdades entre sus diversos elementos. En lo tocante á nosotros, las desigualdades son debidas á causas que persisten como el mundo y se renuevan como las generaciones.

La naturaleza, clemente y generosa para éste, muéstrase avara y dura para aquel. Por el juego y combinacion de sus fuerzas, aquí secunda las esperanzas y los esfuerzos del trabajador, y allí les hace traicion: un rayo de sol puede hacer nacer una fortuna; un soplo de tempestad puede destruir otra. Aunque la humanidad haya sido llamada en la persona de su jefe á tomar posesion del mundo, no puede asegurar á cada uno de sus miembros contra el triunfo accidental de tal ó tal fuerza.

Rodeado de promesas y de amenazas, de favores ó de traiciones, el hombre lleva en sí causas, que lo elevan ó lo abaten, y crean necesariamente diferencias. El talento no es el mismo en todas las almas. Las hay que tienen alas para remontarse sin esfuerzo hácia el sol de lo verdadero, de lo bello, de lo grande y de lo sublime: otras se arrastran en tristes y limitados valles á donde no descende más que un débil resplandor. Tal es ávido de saber, tal se pierde en desvaríos; tal es apto para los cálculos poderosos y las atrevidas combinaciones, tal no tiene sino miras estrechas, tímidas é inciertas. Como el talento, tambien el carácter tiene sus grados: hay quienes saben llevar adelante un movimiento generoso, y otros que se detienen al primer obstáculo; fuertes voluntades, que logran domar las pasiones y convertirlas hácia el bien, siempre palpitantes é impetuosas, y voluntades flojas, que se dejan vencer, é inermes se abandonan al imperio de los peores instintos; y ¡cuántas que languidecen en

una alternativa perpetua de victorias y derrotas! Virtudes heroicas, mediocres cualidades, despreciables defectos, vicios vergonzosos, tales son los cotidianos resultados de las luchas de la voluntad contra las pasiones. La carne desempeña en todo esto su papel, variable y variado, como los elementos que la componen; y los movimientos de su vida, sus exigencias, sus languideces, sus crisis, se interponen al traves de nuestras resoluciones, y con frecuencia cambian su direccion.

En suma, señores, que los hombres están diversamente dotados en sus cualidades, es un hecho patente, innegable; y observad que la cantidad de fuerza y de movimiento que hay en cada uno de ellos no determina fatalmente sus cualidades y su posicion.

El que tiene más puede caer debajo de aquel que tiene ménos; porque hay una potencia de la cual depende el empleo de todos los dones espontáneos de la naturaleza y de la gracia: la libertad.

La libertad, combinada con las demas fuerzas del alma humana, y colocada en presencia de las influencias exteriores, hé ahí lo que determina las desigualdades sociales, desigualdades que por el brillo ó la sombra que proyectan se transmiten necesariamente del individuo á todo aquello que se une á su sangre y á su vida: no puede evitarse que haya familias glorificadas, como hay familias deshonradas.

El problema, pues, de la liquidacion social, considerado en toda su extension, en cuanto supone la supresion de todas las desigualdades, no puede resolverse sino por la liquidacion general de la fortuna, del saber, de la virtud y de sus causas; es decir, del talento, del carácter, de las pasiones, de la fuerza fisica y moral, de la libertad, de la naturaleza entera.

Mas he dicho, señores, que estas causas son indestructibles, y la razon es que entran en la armonía del órden universal, que depende tan sólo del designio y voluntad de Dios.

Ignoro qué concepto tiene del órden el radicalismo igualitario; pero me inclino á creer que la estética no entra en él por nada.

El órden. Si el órden tiene ese esplendor que se llama belleza, es cabalmente porque contiene una inmensa variedad dentro de una inmensa unidad.

Hay en todos los seres ciertos rasgos, por los que se asemejan, rasgos que se aumentan y multiplican á medida que el ser

pasa del género á la especie, y de la especie á la familia. En el género, la especie, la familia, los séres son semejantes; pero ningún sér es igual á otro sér.

Semejante é igual no son una misma cosa. Los ángeles; señores, son semejantes; pero su luminosa inteligencia decrece desde un coro á otro coro; de un ángel á otro ángel los conocimientos ondulan hasta estas olas menores que vienen á bañar las playas del alma humana.

Los astros son semejantes; pero ¡qué armoniosa y sublime diversidad entre ellos de extension, de fuerza, de resplandores y de movimiento!

Los árboles de los bosques, las flores de los campos y de los jardines son semejantes; pero en la magnitud, la figura, el vigor de los troncos, de los tallos, de las ramas, en la copa y el color del follaje, en la forma, el dibujo, los matices, el perfume de las corolas, nada que sea igual existe.

Liquididad, pues, todas estas maravillas, señores, liquididad, por ejemplo, el firmamento, reducid todos los astros á las mismas proporciones, dadles la misma luz, disponedlos sobre una misma superficie plana, en una simétrica y exacta cuadrícula, imprimid á todo eso un movimiento mismo; ¡qué conjunto, qué resultado tan bello!

Pues hé ahí lo que se desea hacer de la sociedad, para establecer en ella la igualdad: hé ahí lo que ya se ha comenzado á realizar, atacando brutalmente los monumentos que atestiguan ante los siglos la supremacía del talento, del valor, de la virtud. Las ruinas que á la hora presente deshonran á la más bella ciudad del mundo, son los oráculos del porvenir, y nos demuestran lo que llegarán á ser los hombres, si la revolucion alcanza el término de sus designios.

Se quiere la nivelacion radical de todas las clases; pero esta nivelacion, que se invoca como un progreso, no pudiendo hacerse sino suprimiendo el talento, el carácter, la virtud, la libertad, nos dejará tan sólo una sociedad repugnante, bestial y envilecida; y todavía en ella, señores radicales, entre esos salvajes nivelados, ¿no surgirá algun Hércules bellaco? ¿no se dibujará la figura de algun cacique con su interesado consejo?

Señores, el radicalismo igualitario, suponiendo que triunfara, no podría mantener el nivel social, y de un dia para otro, las causas indestructibles recobrarían su influencia, y veríanse reaparecer todas las desigualdades, momentáneamente destruidas: de

un día para otro, las fuerzas de la naturaleza se combinarían de nuevo con los esfuerzos del hombre, ó para contrariarlos, ó para favorecerlos; de un día para otro, el talento, el valor, la virtud, recobrarían el camino de las alturas; de un día para otro, las pasiones y las flaquezas humanas dejarían rezagados en las etapas diferentes de la vida á los cobardes y perezosos; de un día para otro, veríanse reflorar las fortunas privadas, los honores, las distinciones.

Los instigadores del pueblo bien lo saben; y esto es lo que me indigna contra ellos: son embusteros. Pero lo que todavía me indigna más, es que son cobardes. Pues que predicán la igualdad, deberían comenzar por practicarla ellos, y sobre todo, ante la muerte.

Mas no. Cuando después de los golpes de Estado populares, que ellos provocan, es necesario hacer la liquidación de los sacrificios, se les encuentra á ellos... casi siempre en puerto seguro; y el pueblo, el pobre pueblo, de cuya sencillez abusaron, es derribado en tierra, tinto en su sangre. ¡Oh! ¡miserables!!

Señores, compadezcamos al pueblo, inclinémonos hácia él, y después de recordarle cuán grandes y nobles igualdades constituyen el fondo idéntico del género humano, y que las desigualdades sociales que le irritan no son siempre debidas á la suerte, al azar, á la casualidad, á la injusticia, ni áun á disposiciones providenciales, hagámosle ver que estas desigualdades pueden ser templadas y conducidas á la perfección por la más dulce y más bella de las virtudes.

Esto es lo que el reverendo Padre demuestra en su segunda parte.

II.

Aunque las desigualdades sociales sean debidas á causas indestructibles, pueden y deben ser suavizadas por una virtud, cuya acción vivificante quita todo pretexto á las envidias y á los odios del igualitarismo. No pudiendo examinar una por una todas las desigualdades, el reverendo padre se detiene en aquella en que el contraste, por ser más notorio y más doloroso, evoca con más fuerza esta palabra terrible: *la liquidación social*..... RIQUEZA y POBREZA.

Entre otras dos cosas que han venido á ser por el olvido de los principios cristianos un escándalo y una vergüenza, es necesario

hacer que intervenga la caridad, á la que San Pablo llama *el lazo de la perfeccion*..... La caridad establece entre el rico y el pobre un vínculo divino; porque el rico representa aquí bajo en los designios de Dios una especie de Dios providencia, Dios padre de los seres necesitados, que lo esperan todo del soberano bien, Dios padre del hijo humillado cuyas dólórosas plegarias ha oído... El pobre es la personificación del hijo de Dios.

Aquí el reverendo Padre refirió en términos elevados y conmovedores la transfiguración del pobre.

Admirable y tierno misterio, que nos presenta la enseñanza cristiana: no solamente Dios ama al pobre hasta el punto de tomar á su cargo el vengarle, si es oprimido; no solamente quiere que su nombre sea honrado delante de El, sino que le toca, le transforma, hace de él lo que hay en el mundo más venerable. Habeis leído en el Evangelio que el Hijo de Dios, Jesucristo, exhalaba de su persona adorable una virtud prodigiosa, que transformaba todo lo que tocaba. Tocó al espíritu humano, y le hizo pasar de las sombras mortales del error á las claridades vivificantes de la verdad. Tocó los corazones impúdicos, y los llenó de casto amor. Tocó la enfermedad y la muerte, y convirtiósese la enfermedad en salud y la muerte en vida. Tocó la cruz: la cruz, leño infame, suplicio de esclavos, horror de los hombres libres: la tocó, no con la punta de los dedos, como tocaba á los enfermos que imploraban su compasión, sino con toda su carne desnuda, martirizada y sangrienta, y la cruz transformada no fué ya un suplicio vergonzoso. Inmensas generaciones de hombres libres vinieron, á través del tiempo y del espacio, á ponerse de rodillas delante de ella, y cantaron: ¡Oh cruz fiel! Arbol único por tu nobleza. ¿En dónde hay árbol de los bosques que produzca hojas, flores y frutos como los que cubren tus ramas enrojecidas?

Cruz fidelis, inter omnes
arbor una nobilis:
nulla sylva talem profert
fronde, flore, germine.

La cruz triunfa en la cúspide de los templos, que la elevan hácia el cielo en medio de las campiñas que cubre con sus brazos protectores; sobre todos aquellos corazones en que pueda leerse bravura, piedad, abnegación; en todas partes se la respeta y se la saluda. Ella está erguida mientras que el mundo rueda, pasa y se disuelve á sus piés, *stat crux dum volvitur orbis*, y cuando nues-

tro mundo, el mundo de nuestras pasiones, se agita y se atormenta ¿no es verdad que sentimos la necesidad de estrechar la cruz sobre nuestro corazón, de besarla y decirle en el fervor de nuestras angustias: Salve, salve, oh cruz, nuestra única esperanza, *oh cruz ave spes unica?*

¿En dónde me hallo señores? ¿Creeréis acaso que me he olvidado del pobre? Salid de vuestro error; mis ojos no se han apartado un solo momento de él; porque el mismo Jesucristo que ha tocado y transformado la cruz, ha tocado también y transformado al pobre, en otro tiempo despreciado y repudiado como la cruz viviente de las sociedades humanas. Le ha tocado con su palabra para consolarle; le ha tocado con su ejemplo para alentarle; El mismo se ha desposado con la pobreza, y ha permanecido fiel hasta la muerte á esta santa compañera de su vida. Niño, no quiso para cubrir su desnudez sino pobres vestidos; humilde obrero, soportó con paciencia bajo la mirada soberbia y desdeñosa de los fariseos el peso de su fatiga y el oprobio de su miseria; apóstol, eligió por compañeros pobres pescadores, y se mantuvo con ellos del pan de la caridad; mártir de nuestras iniquidades, expuso á los ojos del mundo su carne desnuda, y para esta carne ya muerta recibió prestado un sepulcro. Sí, Jesús fué pobre, y ya por su ejemplo cambiaba la fisonomía del pobre, pues le decía: cuando yo me vaya, podrás tu ponerte sobre la cruz en lugar mio; la cruz está bendita y santificada; ya no es vergüenza para el género humano. Pero ¿es esto solo, señores? No: Jesús ha tocado al pobre más profundamente todavía; lo ha penetrado, ha entrado en el interior de su ser, ha hecho de él una semejanza viva de su propia persona, atribuyéndose á sí mismo y dando por recibido todo aquello que el pobre recibe de nuestro amor. Nada exagero; la exageracion seria aquí soberanamente odiosa; sino que me apoyo con segura confianza en la palabra de mi Salvador. «Venid, dirá un dia á sus elegidos, tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; estaba desnudo y me vestisteis. Señor, dirán los elegidos, ¿cuándo hemos hecho en vos tales cosas? En verdad, responderá Jesucristo, cuanto hicisteis por el más pequeño de mis hermanos, por mí lo hicisteis. *Quamdiu fecistis uni ex his minimis, mihi fecistis.*»

Ya lo oís, señores: todo lo que se hace en favor del pobre, Jesucristo lo recibe por una asimilacion inefable. Igual á todos por la naturaleza y la gracia, el pobre os excede por su eminente dignidad más que vosotros á él por los favores de la fortuna. El po-

bre es Jesucristo representado, Jesucristo continuado, el sacramento en carne y hueso de Jesucristo, el crucificado viviente. ¡Oh rico, colmado de los bienes de Dios! ¡Oh providencia! ¡Oh padre! Mira, pues, al pobre como Dios mira á su hijo. Cuando el padre celestial vió á su hijo martirizado, ensangrentado, desfigurado con mil llagas, exclamó: «Hijo mio, ¿eres tú?» Y no pudiendo resistir á su amor, se inclinó hácia él, y tomándole en sus brazos le dió todos sus bienes: honor, gloria y poder. ¡Oh rico, inclínate hácia el pobre, dile con cariño ¡hermano mio! ¡hijo mio! Da á los pobres algo al ménos de los bienes que debes á la munificencia divina. ¡Oh rico! ¡Oh pobre! Poseed la caridad. *Charitatem habete.*

La caridad, como se ve, establece entre la riqueza y la pobreza una corriente divina.

La caridad, despues de sofocar en el corazon del hombre las pasiones insanas, que forman de la riqueza y de la pobreza un contraste repugnante y amenazador para la sociedad, aproxima, unifica y borra en cierto modo la desigualdad de las condiciones bajo la igualdad de los mútuos beneficios.

(El orador desarrolla esta proposicion comentando las palabras de aquel que apellida maestro en esta materia tan noble y delicada, el apóstol San Pablo.)

La caridad no es ambiciosa, *non est ambitiosa*; resiste á esa sed de honor y dominacion que el orgullo enciende en nuestros corazones, y á la vez á esa hambre maldita, que segun la frase del poeta, atormenta las entrañas de los mortales, el hambre de la riqueza, *auri sacra fames*.

La caridad no es egoista, *non querit quæ sua sunt*, odia las empresas, las especulaciones encaminadas á acelerar y multiplicar los placeres.

La caridad no emplea la insolencia, no se envanece: *charitas non agit perperam, non inflatur*; el desprecio y el fausto le son extraños. El lujo no la seduce con sus engañosas apariencias; lo considera como en realidad es, ridículo, inmoral, sedicioso.

La caridad es benévola, suave, generosa: *charitas benigna est. Benigna est*, he ahí la gran condicion de la caridad. Despues de haber sofocado todas las viles pasiones, que corrompen la riqueza y la hacen odiosa, pone en accion la pasion santa, que fecunda la riqueza y la hace objeto de bendiciones: la generosidad.

Bueno es dar, me direis; ¿pero ha de reducirse á esto el empleo de la fortuna? Expliquémonos, señores. Al prohibirnos Dios

ser esclavos de Mammon, es decir, de la riqueza, no nos ha vedado el hacer uso de ella. Podeis emplearla en sostener el brillo de vuestra clase, en desplegar en torno vuestro y segun vuestra condicion una legítima magnificencia, en patrocinar las ciencias, en proteger las artes, en intentar, dirigir y llevar á término nobles y útiles trabajos, hacer la tierra más fecunda, economizar los esfuerzos de los brazos humanos y preparar recreos á su espíritu, multiplicar entre vosotros las comunicaciones, acrecentar la capacidad, llamar en vuestra ayuda al ágil flúido que lleva con la rapidez del relámpago vuestro pensamiento de un extremo á otro del mundo, haceros dueños del universo para perfeccionarlo: todo eso está bien. Mas para resolver el problema de las desigualdades sociales, desencajadas del órden y la armonía por los esfuerzos de las pasiones (problema en torno del cual tantos odios é insensateces se agitan), lo que es mejor, lo que es urgente, es hacer de la riqueza el instrumento de la caridad, dulce y buena para el pobre.

Abrid, pues, señores, vuestras manos y vuestros corazones, y seguid el consejo del apóstol, que quiere que deis fácilmente, que os pongais por la limosna en comunicacion con la pobreza, y que seais ante todo ricos en buenas obras. *Divites in operibus bonis.* Las buenas obras, señores, son ménos la restauracion pasajera de los templos vivientes cada dia minados por la miseria, que la santificacion de esos templos mismos. La limosna es un mensajero que os debe abrir el camino hácia el alma de aquellos que sufren, para esparcir en ella la virtud, la gracia, los dones mayores de la caridad. Amad al pobre, no de léjos, enviándole por segunda mano vuestros socorros, sino amadle de cerca. Acercaos á él, ganad sobre él con vuestros beneficios una legítima influencia; y entónces instruidle, á él, á sus hijos, á toda su familia: enseñadle sus deberes, sin hacerle ignorar sus derechos, aproximadlo á sus hermanos los pobres, procuradle asociaciones á cielo abierto, que, basadas en principios cristianos, lo pongan en situacion de sustraerse á la criminal explotacion de su vida, sin que él pueda convertirse en un peligro para la sociedad; asociaciones en que hallará para los dias adversos recursos administrados por él mismo, que le permitan despreciar el halago de un capital misterioso, del cual se sirve la aristocracia del desórden para pagar todas las rebeliones; asociaciones que proporcionarán á punto cierto inmensas legiones de hombres laboriosos, honrados, cristianos, dispuestos á defender el órden público con-

tra la turba inmunda de los perezosos, de los malhechores y de los impíos, que la revolucion recluta por cuenta de las más bajas ambiciones.

De parte del pobre la caridad es paciente y soporta con dignidad la honrosa tarea del trabajo: *charitas patiens est*. Resígnase á los inevitables quebrantos de las desigualdades sociales: *charitas omnia sustinet*. Sufre con paciencia y serenidad todas las penas, con la esperanza de verlas aliviadas por la estimacion y los beneficios de las almas cristianas; y recompensadas por Dios: *charitas omnia suffert, omnia sperat*. Previene las ásperas mordeduras de la envidia, porque hace ver en el rico una representacion de la santa y amable providencia del padre de los cielos: *charitas non aemulatur*. En fin, despues de haber domado las pasiones violentas y rencorosas, la caridad del pobre es como la del rico, dulce, buena y encantadora: *charitas benigna est*. Desde luego el pobre da su *gratitud*, y la gratitud iguala al beneficio; en segundo lugar acaba de pagar su deuda por la *oracion*, oracion tanto más eficaz cuanto es más humilde y toma en el sufrimiento una fuerza misteriosa, que la hace penetrar más en el corazon de Dios.

Bienaventurados, pues, exclama el orador, aquellos ricos, por quienes los pobres ruegan. Bienaventurados tambien los pobres, á quienes los ricos hacen orar. De arriba abajo y de abajo arriba, en la sociedad en que reina la caridad cristiana, realizase un noble cambio de dones y de gracias. Con razon dije, señores, que la caridad hace desaparecer la desigualdad de las condiciones en la igualdad de los beneficios. Todo se ordena, todo se perfecciona por el amor. No falta más que cantar con el Salmista las glorias, la paz y la ventura de la sociedad cristiana. El raudal de la bondad divina, la riqueza, se ve colmado y saturado con una lluvia celestial. *Flumen Dei repletum est aquis*. Desciende del costado de las montañas, impulsado por la caridad, y regocija al valle. Acabóse el terror arriba; se acabaron los gemidos abajo: las alturas están coronadas de alegría, el valle nada en la abundancia. *Exultatione colles accingentur et valles abundabunt frumento*. Ya no se oye más que un grito, un himno al Señor. *Clamabunt etenim hymnum dicent*.

He concluido, señores; y ahora, en pié ante vosotros como Moisés ante el pueblo hebreo, tomo por testigo al cielo y á la tierra de que os he propuesto la vida y la muerte, la bendicion y la maldicion. *Testes invoco hodie calum et terram quod proposuerim vobis vitam et mortem, benedictionem et maledictionem*.

El hombre, fuente única de la verdad y del deber, dueño de crearlo todo y de obrar según le plazca; la pareja humana libre y el envilecimiento de la familia; la confiscación de los hijos y la inoculación universal del ateísmo; la divinización del pueblo y la ruina del poder; la igualdad absoluta y la liquidación social: hé ahí el *syllabus* del radicalismo ateo y diabólico; hé ahí la muerte y la maldición.

Dios, fuente única de la verdad, y el cristiano aceptando la verdad tal como Dios la enseña; Dios única fuente del deber; y el cristiano luchando contra todos los enemigos del deber; Dios constituyendo, afirmando, santificando la familia, y el cristiano santamente preparado, entrando y viviendo santamente en la familia; Dios dando á los padres la posesión del hijo, y los padres poseyendo al hijo por Dios; Dios apareciendo en el poder, y el poder respetado y obedecido como se obedece á Dios; Dios ordenando las desigualdades sociales sobre la igualdad fundamental del género humano, y las desigualdades templadas y perfeccionadas por una virtud divina: hé ahí el *syllabus* del radicalismo cristiano; hé ahí la vida y la bendición.

Escoged la vida, señores, para vosotros y para vuestros hijos. *Elige ergo vitam, ut et tu vivas et semen tuum.* No busquéis las soluciones intermedias que se llaman honradas; tal vez sirvan para un poco de tiempo; pero el sacudimiento dado al mundo es tan fuerte, que tarde ó temprano será preciso hallar una solución definitiva. Todos los espíritus lógicos y sensatos reclaman esta solución. En los dos campos que se disputan el dominio de los hombres y de las cosas, sólo un grito resuena: ó radical, ó cristiano. Yo acepto esa alternativa, puesto que sobre ella cabalmente he levantado el edificio de mis conferencias en este año. He dicho: «Radicalismo contra radicalismo.» Pues bien: manos á la obra, señores, manos á la obra una vez más; radicalismo regenerador contra radicalismo destructor; radicalismo cristiano contra radicalismo ateo; radicalismo divino contra radicalismo diabólico. A todo aquel que esté firmemente resuelto á poner en práctica sin dilación alguna los principios que os he expuesto, yo le prometo, en nombre de Dios, los dos grandes bienes de que hoy tenemos necesidad tan grande: la paz y la misericordia. *Quicumque hanc regulam seculi fuerint, pax super illos et misericordia.*

Durante esta magnífica conferencia el auditorio se sintió tan vivamente conmovido, que manifestó muchas veces sus impresiones con aplausos: El orador, sorprendido con tales manifestaciones, no creyó deber contenerlas de otro modo que reanudando con rapidez el hilo de su discurso; pero al día siguiente dirigió á su auditorio una advertencia, cuya perfecta conveniencia y exactitud todo el mundo ha reconocido.

«Señores, dijo, toda explosion exterior de nuestros sentimientos, excepto la oracion, convierte á la iglesia en lugar profano. En un lugar profano la aprobacion puede manifestarse libremente; porque para la desaprobacion hay el mismo derecho. En un lugar sagrado no puede ser lo mismo; si los unos aplauden, ¿por qué otros no han de contradecir el aplauso? La iglesia, mansion de paz y recogimiento, se convertiria en una morada de perturbaciones y confusion, y yo no puedo aceptar esta perspectiva. No me contristeis, pues, de nuevo con ruidosas manifestaciones. Si tengo necesidad de verme sostenido con vuestras simpatias, para comprender que lo estoy me bastan vuestros ojos, que hablan mejor y más vivamente que vuestras manos.»

Creemos que nuestros lectores han de agradecerarnos que hagamos llegar hasta ellos los ecos de esa elocuente voz cristiana, que en medio del París de los desastres, de las ruinas y de los incendios, casi humeantes todavía, se levanta á recordar y señalar á los hombres el camino de la virtud, que es el fundamento del poder y la felicidad de las naciones; de esa voz que restaura con lógico vigor las doctrinas pervertidas y restablece en su lugar con fuerza, energía y caridad profunda las bases de la sociedad, insensatamente conmovidas para daño de todos.

CÁRLOS MARÍA PERIER.

IGUALDAD IMPOSIBLE EN TODO.

En el número 5.^o de esta Revista, correspondiente al 10 de Mayo, hemos demostrado: 1.^o, que la igual repartición de las riquezas es de todo punto imposible; 2.^o, que aún cuando pudiera establecerse al traves de las mayores injusticias, de horribles violencias, de miles de catástrofes, y despues de haberse vertido torrentes de lágrimas y de sangre, no seria posible que durase un solo año la cacareada igualdad de los bienes repartidos; y 3.^o, que aún cuando se pudiese verificar la igual repartición, y aún cuando concediésemos el absurdo de que pudiera durar, seria perniciosísima á la sociedad y al individuo.

Ahora, en el presente artículo, vamos á demostrar que no existe, ni puede existir, la igualdad física y la intelectual entre todos los individuos de la sociedad; que tambien es imposible la igualdad de todos ante la ley, cuando ésta ó la autoridad suprema distribuye los cargos oficiales, y que tambien seria injusta y aún absurda la igualdad ante la ley, ora premie, ora castigue, que es el último atrincheramiento á donde se acoge la pedantería filosofante, así como la rudeza ó la superficialidad de los ilusos.

Detenemos á probar que jamas existen á un tiempo sobre la superficie de la tierra, y quizás ni aún tomados en diversas épocas, dos individuos de la especie humana que sean físicamente iguales, es decir, que hayan debido á la naturaleza igual número de dones y en igual cantidad, seria hacer agravio á la capacidad de nuestros lectores.

¿Quién ignora que si, por un imposible, se fuesen examinando uno por uno todos los hombres que hoy viven, han vivido y vivirán en adelante, no se hallarian dos que fuesen matemáticamente iguales en las formas anatómicas externas, en la fisonomía, en la complexion, en fuerzas, en robustez, en salud, en sensibilidad, en inclinaciones, etc., etc.?

Así, ni aún hubiéramos tocado este punto, si sobre un hecho tan notorio no hubiera suscitado dudas la moderna sofistería. Esta no ha podido negar lo que es tan claro y evidente; mas para establecer un sistema de igualdad absoluta hasta en el talento de los hombres, se ha acogido á lo que no puede verse, y ha sostenido que aunque las potencias del alma, ó, como dicen los ideó-

logos del día, las facultades intelectuales del hombre, aparezcan tan desiguales por el diverso modo con que en cada individuo se desarrollan, según las diversas circunstancias en que se halla, durante todo el curso de la vida, son en sí mismas originariamente iguales.

Estaba reservado al siglo de las paradojas consagrar dos volúmenes, como los consagró Helvecio, á probar lo que no puede probarse, y que aún probado, se reduciría á un caso metafísico, ó ideal, que jamás puede verificarse en la realidad de las cosas. Aun suponiendo la perfecta igualdad de las almas todas, es evidente que dependiendo la mayor ó menor perfección en el ejercicio de las facultades intelectuales de la mayor ó menor finura de los órganos, y habiendo en esto tanta diversidad ó más que en la fisonomía y formas externas, que varían en todos los individuos de la especie humana, es claro que el talento actual varía inmensamente, y nunca es ni puede ser igual en todos los hombres.

Tampoco puede existir la igualdad en las cosas que hasta cierto punto dependen de la elección del individuo. A este principio pueden referirse la instrucción, la conducta, el mérito, y el oficio ó profesión de cada uno; porque, en efecto, aunque el talento natural, el nacimiento, la educación, la riqueza, y hasta mil inapreciables casualidades, tienen no pequeña parte en que uno adquiera tales ó cuales conocimientos; aunque el temperamento, el genio, las compañías y otras mil circunstancias, y sobre todo, la primera educación, contribuyan poderosamente á que la conducta del individuo sea ó no morigerada, y lo sea más ó menos; y aunque la voluntad ajena y lo que vulgarmente se llama el *acaso* influyan en que un hombre abrace tal oficio, profesión ó carrera, y de consiguiente, á que en ella contraiga estos ó los otros méritos, ó no contraiga ninguno; sin embargo, no puede dudarse de que á la voluntad y elección del individuo se atribuye también su parte en las ventajas ó desventajas que al hombre le proporcionan su instrucción, mérito, conducta y oficio.

Recorramos, pues, brevemente estos cuatro nuevos principios de desigualdad, y acabaremos de convencernos de que la tan preconizada igualdad se reduce á que los hombres ni fueron, ni son, ni serán jamás perfectamente iguales.

En cuanto á la instrucción, su desigualdad es tan notoria, y son tan importantes sus efectos, que sólo ella bastaría para demostrar que no pueden hallarse dos individuos de la especie hu-

mana absolutamente iguales; porque es imposible una igualdad semejante. No sólo cultivan unos una ciencia y otros distinta, sino que aún entre aquellos que se llaman de una misma profesión, no es posible hallar dos jurisconsultos, dos publicistas, dos físicos, dos poetas, dos pintores, dos arquitectos, dos artistas de cualquiera clase, que tengan idéntico grado de instrucción en sus respectivas profesiones.

Y si tanta diferencia se nota aún en los que se llaman instruidos, ¿cuál será la desigualdad que este solo principio establece entre los sabios y los ignorantes, entre los que cultivan la razón y los que sólo vegetan como las plantas sobre la tierra? ¿Y se querrá todavía que el derecho á la estimación, á las conveniencias, al poder, á la autoridad sea igual en los últimos y en los primeros?

Se dirá que no se pretende tal cosa. Pero si no se pretende, ¿á qué viene el proclamar esa absurda igualdad de derechos entre el que sabe y el que no sabe, entre el apto y el inepto, entre el virtuoso y el criminal, entre el que presta á la sociedad grandes servicios y el que los presta muy escasos, ó no presta absolutamente ninguno? ¿A qué inculcar á la multitud imperita, ignorantisima y casi estúpida, á qué inculcar que todos los hombres son iguales ante la ley, y que todos los individuos de la sociedad tienen iguales derechos? ¿Tendrá el mismo derecho á gobernar los pueblos el idiota, que apenas se distingue de los brutos, y el sabio que cultivando con esmero su talento llega á rivalizar en cierto modo con las inteligencias angélicas? ¿Tendrán igual derecho para ponerse al frente de la administración de justicia los sabios y encanecidos magistrados, que los ignorantes mozalbetes y los mozos de cordel?

Insistimos tanto en este punto, porque es necesario repetir que en ninguna sociedad deben tener derecho para hacer una cosa que pide cierta instrucción, sino los que la hayan adquirido. Los demás no tendrán acaso culpa de no haber aprendido, pero esta no es razón para que se les conceda el derecho de meterse en lo que no entienden.

No tiene la culpa de ser ciego desde el vientre de su madre el que nació sin ojos; mas por eso, ¿se le ha concedido jamás el derecho de dar su voto sobre pinturas ó colores?

La desigualdad moral es también notoria.

Que el hombre de bien es apreciado hasta de los malos, es bien sabido: que el hombre criminal es detestado por todos, no

tiene duda: que esta diferencia es justa y utilísima, no habrá quien se atreva á disputarlo. Y que no siendo los hombres igualmente morigerados, no pueden tener igual derecho á desempeñar ciertos cargos que exigen un gran fondo de probidad, es una consecuencia indeclinable.

En cuanto á la desigualdad de mérito y de servicios, la cosa es evidente. No todos pueden prestarlos; y aunque pudieran, ¿cómo todos se han de hallar en circunstancias igualmente favorables para tener ocasion de manifestar su celo por el bien general?

Ahora bien: si los individuos de la sociedad son tan desiguales bajo el aspecto físico, bajo el aspecto intelectual, bajo el aspecto moral; si los unos son aptos y los otros conocidamente ineptos; si los unos son virtuosos y los otros criminales; si los unos han contraído méritos indubitables y los otros no han contraído mérito alguno; si los unos han hecho servicios importantes, y los otros los han hecho muy escasos, y los de más allá, léjos de prestar servicios, han causado á la sociedad perjuicios incalculables en fuerza de su ineptitud, ó por sus perversas inclinaciones; si los unos, al peligrar la patria, han sido héroes en los campos de batalla, y los otros, cobardes, han abandonado indignamente su puesto, ó tal vez han cometido una traicion infame; si los unos, con su inteligencia, su laboriosidad y celo incansable, y al traves de sacrificios y constantes desvelos, han hecho grandes adelantos en las ciencias ó en las artes, proporcionando á la sociedad ventajas positivas, y los otros nada han hecho, sino entregarse á la liviandad, á los goces materiales y al más repugnante cinismo; si los unos, con desprendimiento admirable, con abnegacion heroica, han sido utilísimos á sus semejantes, y merecen por lo tanto la gratitud de la sociedad entera, y los otros, con egoismo asqueroso, con irascibilidad punible, y con inclinaciones perniciosas y antisociales, no sirven á sus semejantes sino de escándalo, de oprobio y de tormento, dígase de buena fe, si todos tendrán igual derecho á la misma estimacion, al mismo respeto, á las mismas conveniencias, á las mismas comodidades de la vida, y á que se les repartan los bienes de fortuna con la igualdad matemática que pretenden los internacionalistas, en un acceso de delirio inconcebible.

Dígase si todos tendrán igual derecho á ser colocados al frente de esa república ideal, de esa sociedad monstruo, inventada por la Internacional, divagando neciamente por la region de las abstracciones.

Dígase también si los hombres que en esa sociedad gobernasen á los demas con sabiduría ó con acierto, seria posible que tuviesen una fortuna perfectamente igual á la de sus subordinados, y en este caso, si seria justo y conveniente quitar todo estímulo para el trabajo, para el cultivo de la ciencia, para la práctica de la virtud y para los actos que exigen cierto grado de heroismo. Esto es desconocer la naturaleza humana y los resortes del corazón, que permanece inerte mientras no se interese el amor propio y haya estímulos poderosos con la esperanza de un porvenir halagüeño, y de adquirir una posición superior á la de sus conciudadanos, siendo clarísimo que si este estímulo falta, si los hombres laboriosos y de gran talento no han de obtener resultado alguno en su favor, si han de quedar iguales á los demas, que nada han hecho, ni sabido, ni podido hacer; si todos sus sacrificios han de ser perdidos completamente para sí, y no han de poder levantarse ni una línea sobre los demas; si todo su trabajo ha de redundar en beneficio de los ineptos, de los indolentes, de los viciosos, de los dilapidadores y de los criminales, es evidente que nadie querría trabajar; que la ciencia quedaria abandonada; que la laboriosidad desapareceria de la tierra, y que la sociedad vendria indefectiblemente á disolverse, y quedaríamos sumidos en la confusión del caos y en el más degradante salvajismo, que es á donde tales teorías nos conducen.

Resta ahora tomar el último atrincheramiento, y hacer ver que también es falsa la máxima de que la ley, cuando administra justicia, ora premie, ora castigue, debe ser igual para todos.

Esto no es cierto, y nos reservamos demostrarlo en otro artículo.

MIGUEL SANZ.



TRABAJO, POBREZA, RIQUEZA Y LUJO.

Creemos demasiado clara y perspicaz la inteligencia del sensato pueblo español, para que pueda forjarse ilusiones fatales, basadas sobre la idea perturbadora que ha lanzado el espíritu revolucionario, como un proyectil, en las clases de la sociedad en las que más daño puede causar y causa. Esta idea, que los mismos que la propagan creen una utopía (esto es, imposible en la

práctica), es que en el mundo no debe haber pobres ni ricos: lástima es que no añadan que no debe haber discretos ni tontos, feos ni bonitos, altos ni bajos, gordos ni flacos, niños ni viejos.

No ignora el pueblo español el origen del mundo y la marcha sucesiva que la Providencia Divina ha trazado á la humanidad, y que esta ha seguido á pasos lentos al través de los siglos. Cuando el globo despoblado era un baldío; miéntras que los habitantes racionales estaban reducidos á los comunes padres Adán y Eva y á las primeras generaciones de su descendencia, no se puede decir con rigurosa exactitud que hubiera *pobres* ni *ricos*: lo más que podía haber era *laboriosos* y *holgazanes*: las palabras *pobreza* y *riqueza* no tenían aplicacion; si por pobreza se entiende el carecer de lo preciso para satisfacer las necesidades *naturales*, y por *riqueza* tener además para satisfacer las necesidades *facticias* que aquella ha creado. Tomar los frutos que la naturaleza espontáneamente ofrecia; preparar la tierra con imperfectas labores, que serian propiamente ensayos; sembrar y recoger algunos otros que apénas se pueden obtener sin cultivo, y guardar los ganados, fueron necesariamente *los trabajos* en aquellos primitivos tiempos, constitutivos de la única propiedad que podia existir.

Progresivamente, cumpliéndose así los designios de la Providencia, fué creciendo la poblacion; se aumentó el número de los séres que constituyen la especie humana, se aumentaron los brazos para cultivar la tierra, se aumentaron las necesidades, y con estas los trabajos, que habian de unir á los hombres, y hacerlos necesarios los unos á los otros, formando sus mutuas necesidades una magna cadena que los enlazase, y que en su dia habia de circundar al mundo.

Si la tierra y los animales habian suministrado las primeras materias para la confeccion de las habitaciones, utensilios y telas para alojar y abrigar á los hombres; esto es, la piedra, la madera, el hierro, el barro, la lana, el lino, la seda y demas, la industria nació para utilizarlas y formar el mutuo apoyo entre el que trabaja y el que retribuye su trabajo.

A medida que aumentaba el número de los individuos que componian los pueblos, se aumentaban las necesidades y exigencias de la vida; y se multiplicaron los objetos, y las aplicaciones, y las formas y los adelantos del trabajo; y se creó su natural producto, el *capital*; y hubo *riqueza*, y existió su necesario efecto, el *lujo*; y nacieron las *artes*, hijas legítimas de la riqueza, como esta

lo es del capital, que lo es del trabajo, ó, mejor dicho, es el trabajo mismo acumulado. Así que las artes de lujo suministran objetos para el empleo de la riqueza, siendo como la materia en que esta se ejercita; y la riqueza alimenta y sostiene las artes de lujo. ¿Por qué, pues, condenar el lujo en absoluto? Sólo es censurable cuando su objeto es inmoral, y cuando es inmoderado y repugnante.

El *trabajo*, se acaba de decir, produjo el *capital*, y éste la *riqueza*; pero no todo trabajo, ni el trabajo de todos, sino el trabajo útil y apreciado, y el de los operarios y artistas diestros, laboriosos y económicos: naciendo de esto necesariamente que el trabajo haya producido en algunos casos, desgraciadamente los ménos, ahorro, cuya conservacion y acumulacion constituye el capital, y en otros muchos no; que haya *riqueza* y *pobreza*; *necesidad* no satisfecha y *lujo*.

¡Riqueza! ¡Lujo! Sin fundamento lo acrimina el pobre corto de alcances y de mala condicion, siendo una de las principales fuentes de su existencia y de su bienestar, pues el bienestar del pobre honrado es tener trabajo, y el lujo del rico es el que se lo proporciona. El dinero es como el agua, que, en su curso natural, no se estanca; toda en definitiva, sea en pequeños arroyos, sea en impetuosos torrentes, va á refluir al mar, y desaparece confundida en su inmensidad (esto es, que se gasta) para volver á circular en nubes varias, que la vuelven á derramar sobre la tierra que alimenta. ¿Por qué, pues, al ver el palacio y los trenes del poderoso, en lugar de indignarse, llevado á ello por los viles móviles de la soberbia, de la malevolencia y de la envidia, no se hace el pobre sensato estas reflexiones cuerdas? «¡Bendita sea la mano de la Providencia divina, que dió á este poderoso los medios y la voluntad de expender su dinero, y emplearlo en cosas que han dado trabajo á tantos brazos y con esto alimentado á tantas familias! Aun cuando la vanidad fuera el origen y la causa de tales dispendios; aun cuando este *mi juicio temerario* fuese cierto, á mí, y á otros que disfrutamos de los beneficios trascendentales de la riqueza y del lujo, no nos toca anatematizarlo, sino ben- decirlo.»

El pobre no conoce todas las ventajas del trabajo, porque no sabe las desventajas de la vida ociosa, que es nociva para el cuerpo y llena de peligros para el alma. Al pobre, con la palabra *trabajo*, sólo se le presenta á la mente la fatiga y el cansancio que le son anejos; pero ¿por qué no considera con benevolencia y equi-

dad hácia la vida, y gratitud hácia Dios, que es el supremo compensador, los bienes incalculables que del trabajo dimanán? Son, en lo físico, la salud, la fuerza, el vigor; la sin par dulzura del descanso, de que no puede gozar el que no está cansado; es lo bien que le sabe su sencillo alimento, miéntras que que al ocioso le hastía el suyo, por refinado que sea. Esto lo comprende bien el buen sentido del pueblo, puesto que en una de sus agudas coplas de esta suerte lo expresa :

Desde que te has puesto rico
Te veo ahito y desganado.
¡Qué bien me sabe mi pan
Despues de haberlo ganado!

Pero sobre todo, puesto que no consiste la vida del hombre, como la de los animales, sólo en comer y beber, debe considerar el pobre la grande ventaja moral que su pobreza le proporciona con la ausencia de afanes, cuidados y compromisos, inseparables satélites de la riqueza. Qué bien lo expresa el pueblo mismo en esta otra copla, que, como muchas de ellas, es un sencillo y pobre estuche que contiene un brillante:

No te cuides de riquezas,
Ni las envidies jamás.
El dinero aumenta gustos,
Pero aminora la paz.

¿Y qué es lo que en este mundo la puede proporcionar más dulce y completa que la que al pobre honrado debe procurar estas reflexiones que, al mirar á su mujer y á sus hijos, puede hacerse?

«Soy para ellos todo en este mundo: — á mí me lo deben todo.—Podré en su día decir al gran Juez, cuando mi cuenta me pida: Señor, seguí tus leyes; tomé compañera ante tus altares, la que amparé y amé; tuve hijos, que hice cristianos y crié con el sudor de mi frente (¡dichoso aquel que pueda añadir, les enseñé tu divina doctrina y dí buenos ejemplos!): mi mision, Señor, está cumplida.»

Así sencilla y clara será en el supremo tribunal la cuenta del pobre honrado, del pobre cristiano. ¿Quién si de esta suerte alcanza la paz en esta vida, la esperanza para la felicidad eterna, no bendice al trabajo y á la pobreza que se le proporcionan?

El mismo pueblo, con el buen sentido y la sana moral que la Religion le ha inculcado, ha demostrado la verdad de lo que ve-

nimos diciendo en uno de sus cuentos, que demuestran tan profundo conocimiento de la vida y del hombre, y encierran tan elevado sentido moral.—Hemos referido ya este cuento en uno de nuestros cuadros de costumbres populares, *Simon Verde*; pero viene aquí tan al intento, que lo reproducimos, porque no se debe uno cansar jamas de repetir las cosas buenas.

Un hombre rico tenia cuatro hijas, á las que casó, dando á cada cual en dote una crecida suma de dinero.—Pasado tiempo, fué á verlas.

—¿Cómo te va, hija mia? preguntó á la primera.

—¡Ay, padre! ¡muy mall contestó esta llorando. Desde que mi marido tomó el dinero, dejó de trabajar, se metió en la taberna, en la que se gasta todo en vino, viene á su casa borracho, me maltrata, y así soy la más infeliz del mundo.

—No tengas cuidado ni te apures, repuso su padre: en acabándose el dinero, no tendrá para vino, ni para comer; le obligará trabajar, y serás feliz.

La segunda de sus hijas se le quejó de que su marido, desde que tomó el dinero, se habia metido en garitos, en que pasaba la noche jugando y perdiendo todo su caudal.

—No te aflijas, la dijo su padre: en acabándose el dinero, no podrá jugar; tendrá que trabajar para comer, y sêrás feliz.

La tercera se le quejó de que desde que habia tomado su marido el dinero, habia dejado de trabajar, habia tomado queridas, con las que se lo gastaba todo, y la tenia abandonada.

—No te desconsueles, repuso su padre: en acabándose el dinero, se acabaron las queridas; tendrá que trabajar para comer, y serás feliz.

La cuarta contestó llorando á las preguntas que le hizo su padre, y quejándose amargamente de lo avariento de su marido, que no la daba un cuarto, por atesorar, y la tenia desnuda y con hambre.

—¡Ay, pobre hija mia! exclamó el padre: ¡hija de mi corazon, que no le veo remedio ni fin á tus males!

Este cuento contiene dos ideas morales: la primera es una admirable enseñanza, mostrando al trabajo como el antídoto y extirpador de los vicios, y presentar en la ausencia de estos y en la pobreza la fuente de la paz y de la felicidad.

La segunda enseñanza que contiene es patentizar que la avaricia es el peor de los vicios, porque ni la edad, ni los escarmientos, ni la necesidad puede influir en su enmienda.

Ahora bien: de la pobreza debe alejarse tambien ese vicio, que hace al hombre vivir siem̄pre inquieto, y su compañera la envidia, que le hace odiar á los que poseen. Lo que debe ir unido á la pobreza es el ahorro previsor, la honrada economía, que hacen milagros en favor de las pobres familias bien ordenadas.

FERNAN-CABALLERO.

CARTAS Á UN OBRERO

CARTA TERCERA

Apreciable Juan: Hoy vamos á tratar de un error de los más lamentables y de los más estendidos: escuelas que difieren en todo lo demas están de acuerdo en este punto; á saber: *Que la falta de trabajo, la insuficiencia de salario, la miseria, el pauperismo, la cuestion social, en fin, se resuelve con la ciencia económica y con la ciencia política, sin necesitar para nada la religion ni la moral.* Tú estás muy dispuesto á creerlo así; los gobiernos y los legisladores deben darte las cosas arregladas conforme á tu deseo, y sin meterse, porque ¿qué les importa? en si vas á la iglesia ó á la taberna. ¿Qué tiene que ver tu conducta privada con la prosperidad pública, ni qué relacion hay entre el trato que das á tu mujer y la organizacion del trabajo, la tiranía del capital, etc., etc.? Cosas son estas que no están relacionadas entre sí; tú lo ves muy claro, y además lo confirman, como te he dicho, no sólo las escuelas que pretenden realizar tus sueños, sino otras que procuran hacerte ver las cosas como son, y traerte al terreno de la realidad. ¿Cómo hacerte variar una opinion que se apoya en tu deseo, en tu voluntad, en lo que crees tu interés, en el parecer de tus amigos autorizados, y aún de muchos de tus adversarios? Voy á intentarlo, no obstante, porque nunca desespero de tu buen sentido; además, las verdades que tengo que decirte son sencillas.

La religion y la moral entran por mucho, por muchísimo, en la resolucion de los problemas sociales. Se ven individuos que tienen moral sin religion, pero pueblos no se ven, no se han visto nunca; y como sin moral son absolutamente insolubles los problemas económicos, hé aquí por qué influye en ellos la religion. No te hablaré más de ella, por si desgraciadamente careces de fe; hablemos de moral nada más; bastará para que comprendas que la cuestion no puede tener soluciones puramente materiales. Si se tratara de un rebaño, convengo en que podría decirse:—Tantos carneros hay, si llegamos á obtener tal cantidad de hierba ó de pienso, toca á tanto por cabeza; es lo suficiente para que no se mueran de hambre en el invierno y engorden en el verano: el problema está resuelto.—

Así puede hacerse, Juan, cuando se trata de las bestias, pero no cuando se trata del hombre, que, siendo una criatura religiosa, moral é inteligente, los problemas que á él se refieren no es dado que tengan soluciones puramente materiales, sino que han de ser un compuesto de moral, de inteligencia, de sentimientos y de materia, como él lo es: esto parece es sin duda de sentido comun: el bienestar de cada criatura ha de estar en armonía con su manera de existir. Ni los peces pueden volar, ni las aves respirar debajo del agua, ni el hombre puede ser dichoso á la manera de un castor, un elefante ó un asno.

Tú dirás:—Yo no quiero goces intelectuales, ni satisfacciones del corazón. Mis aspiraciones se limitan á comer y vestir bien, y á tener buena habitación y buena cama.—

En primer lugar, Juan, estás equivocado; por mucho que te rebajes, por mucho que te calumnies, y por muy degradado que te creas, no puedes ser dichoso como un caballo de regalo teniendo pienso abundante, buena manta y termómetro en la cuadra; pero supongamos que tus necesidades fuesen puramente materiales: para satisfacerlas, algo has menester que no es material, y hasta el bienestar de tu cuerpo depende de la elevación de tu espíritu: vas á verlo.

Para que tú puedas comer mucho son necesarias tres cosas:

- 1.^a Que haya mucho que comer.
- 2.^a Que se distribuya de modo que te toque bastante.
- 3.^a Que comas con cierta moderación, porque si no padecerás indigestiones, el estómago se estragará, y estarás desganado.

Ó de otra manera: tu bienestar depende de que la sociedad produzca mucho, sea rica; de que la riqueza se distribuya bien, y de que al consumirla se haga en razón, y sin entregarse á viciosos excesos. Vamos por partes, y veamos si, prescindiendo de la moralidad, del sentimiento, de la abnegación, de la parte más elevada del hombre, puede llegarse á la prosperidad material.

PRIMERO. *Producir mucho, ser rica la sociedad.* Antes de que la sociedad en que vives sea rica, es necesario que exista, y su existencia se debe á la abnegación, al sacrificio, al valor, á alguna cosa que no es material. En un tiempo más ó ménos remoto, tus ascendientes fueron atacados por pueblos feroces, que quisieron arrojarlos de la tierra. Defendieron sus hogares, sus mujeres, sus hijos, los restos de sus padres, y los templos de sus dioses: los defendieron con valor, con entusiasmo, con fe: gran número sucumbieron en la pelea; y á su abnegación debes que tu raza no desapareciese como otras muchas. Si en vez de pertenecer á un pueblo que ha rechazado la conquista, descendes de un pueblo conquistador, también debes tu existencia á alguna elevada cualidad del alma. Los conquistadores que no traen una grande idea servida por nobles sentimientos, vencen, destruyen, y pasan como una nube asoladora, sin fundar naciones que vivan en la posteridad. Sea que vengas de los que resistieron ó de los que vencieron la resistencia, para establecer el pueblo á que perteneces hubo necesidad de desplegar grandes cualidades de espíritu:

la existencia de todo pueblo es testimonio de que sus fundadores no eran viles. Así; pues, condicion para el establecimiento de un pueblo: energía, esfuerzo, elevacion de ánimo, alguna idea elevada y algun fuerte sentimiento para sostenerla.

Merced al esfuerzo de sus primeros hijos, la sociedad existe; para que prospere, para que sea rica, se necesita que trabaje mucho y que trabaje bien; es decir, que posea instrumentos perfeccionados que multipliquen sus fuerzas. Si todos viven al día; si cada cual consume todo lo que produce ó se proporciona; si nadie quiere trabajar más que para sí y para cubrir las necesidades del momento, la sociedad es salvaje, estacionaria, y los que á ella pertenecen, miserables todos: pasan las generaciones de hombres como las de castores ó monos, sin que los últimos aventajen nada á los primeros, sin que haya progreso. Algunos hombres empiezan á hacer *economías*; es decir, á gastar algo ménos de lo que tienen, y reservar el ahorro, sea para descansar en su vejez, sea para dejárselo á sus hijos. El que está en posesion de esta reserva, no tiene la necesidad perentoria de trabajar todos los días para no morir de hambre; puede descansar, y cuando descansa, piensa. De su inteligencia puesta en actividad, brotan ideas que combina, y nacen las invenciones, las ciencias y las artes. Su pensamiento sería estéril si no hallara en la comunidad más que individuos que consumen todo lo que producen; pero hay algunos que han realizado economías, y las aventuran en ensayar el invento. Se ensaya; se ve que produce ventajas; se ha hallado un instrumento de produccion más ventajoso, la sociedad ha realizado un progreso. Para el progreso, para la riqueza, para que haya mucho que comer, es, pues, necesaria la combinacion del pensamiento del hombre con las economías que le dan los medios de realizarlo, es necesario mantener hombres que se empleen en hacer los ensayos, en construir el nuevo instrumento y allegar las primeras materias que ha de modificar, ó en trabajar la tierra. En un país en que no se hace más que escarbarla con un palo, se inventa, por ejemplo, el arado. La invencion es altamente beneficosa; mas para realizarla se necesita que haya algunas economías con que puedan mantenerse los hombres que han de extraer el hierro de la mina, cortar la madera, elaborar uno y otro, etc. Si todos los individuos de la comunidad tienen que ir todos los días en busca del diario sustento, imposible será que el arado se fabrique. Estas economías, que permiten dedicarse á un trabajo más reproductivo, pero que tarda en dar resultado, es lo que se llama CAPITAL, instrumento indispensable de prosperidad y progreso.

El capital es el resultado de un *ahorro*, y el ahorro, fijate bien en esto, es un *sacrificio*; es decir, un acto de moralidad. El que ahorra, no gasta inmediatamente todo lo que produce; el que se priva de un goce del momento por amor á sus hijos, por proporcionarse una vejez descansada, por realizar el pensamiento de algun hombre de genio, por hacer bien á la humanidad, segun el móvil que lo impulse, su accion será más ó ménos meritoria,

pero siempre habrá moralidad en su proceder; siempre será el hombre moral que se contiene, que se impone privaciones, que triunfa en fin del hombre físico y del instinto bruto, el cual pide siempre la satisfacción del momento, sin cuidarse de nada más. El capital es, pues, hijo del ahorro; el ahorro, del sacrificio; el sacrificio, de la moralidad. El hombre grosero y corrompido no economiza; una sociedad compuesta de esta clase de hombres no puede prosperar, y si por acaso no sucumbe, vivirá miserablemente.

Y si el ahorro, esa condición material del progreso, no puede realizarse sin moralidad, ¿qué será el otro elemento más elevado, la inteligencia? En él no hay sólo moralidad, sino abnegación, heroísmo. Aquí, Juan, me parece que veo alzarse las sombras de tantos miles de mártires del pensamiento, que preguntan indignados cómo ha podido ponerse en duda el sublime sentimiento que los impulsaba cuando, olvidados de sí mismos, sólo pensaban en la ciencia y en la humanidad. Cualquiera de esas invenciones cuyas ventajas utilizas sin apercibirte de ello, como respiras el aire sin notarlo, es el resultado, no sólo del ahorro, sino de la meditación, de la generosidad, del trabajo de un hombre que se priva de mil goces para consagrarse á una idea, y empleó su vida en intentar la realización de un pensamiento. No digo en esa máquina que penetra veloz por las entrañas de la tierra, y en ese aparato maravilloso, que con la velocidad del pensamiento lleva la palabra al otro hemisferio, sino en la cerilla que descuidadamente enciendes para tu cigarro, está acumulada la inteligencia y la abnegación de muchas generaciones. Donde quiera que disfrutes una comodidad y halles un bien, puedes decir: *aquí ha habido abnegación*. La sociedad, ni aún en el orden material, que de él sólo tratamos aquí, ni aún en el orden material digo, puede prosperar sin abnegación, sin sacrificio, sin moralidad.

Supongamos lo imposible, Juan: que una sociedad absolutamente desmoralizada prospera, es rica: ¿cómo distribuirá las riquezas? Ya comprendes que no será equitativamente. Los más fuertes llevarán la mayor parte, y ninguna voz generosa se alzará en favor de los débiles. Nota bien que los defensores de los débiles, de los oprimidos, es raro que salgan de sus filas. Los grandes campeones del pueblo no pertenecen á él; son personas de la clase elevada ó de la clase media, que habiendo adquirido instrucción, emplean su saber en favor de los que sufren las consecuencias de la ignorancia. Si pudieran estas cartas ser un curso de historia, ella te diría que para distribuir bien la riqueza, más que para nada, necesitan las sociedades el elemento moral, generosidad, sentimiento, inspiraciones nobles y elevadas, que dictan leyes justas é instituciones benéficas. Con el cálculo, que cuando va solo es siempre *miserable y errado*, con el cálculo egoísta de todos, la riqueza no puede distribuirse bien, porque la sociedad no puede reducirse á un divisor, un dividendo y un cociente.

Supongamos otra vez lo imposible: que sin que la moral en-

tre para nada, la sociedad es próspera, y que sus grandes riquezas están bien distribuidas. Tú, Juan, sin un trabajo excesivo, tienes un salario suficiente con que cubrir tus necesidades y aún disfrutar ciertos goces. Pero careces de moralidad, y egoísta y depravado, quieres sólo satisfacer tus apetitos. Vives malamente con mujeres perdidas que arruinan tu bolsillo y tu salud. Si te casas, tratas mal á tu mujer, abandonas la educacion de tus hijos, que hasta carecen de pan, porque la mayor parte de tu jornal se gasta en la taberna y los desórdenes. Tu salud se arruina; tu vejez se anticipa; caes irremisiblemente en la miseria, de que no te sacará una familia que ha heredado tus vicios, y es un plantel de prostitutas, de vagos y de criminales. El jornal subido, sin moralidad, no sirve más que para aumentar la medida de los excesos. Si no sabes contenerte, si no sabes vencerte, si no economizas para cuando estás enfermo, si no educas á tus hijos de modo que te honren y te sostengan cuando seas viejo, si no tienes moralidad, en fin, nada adelantas con tener crecido salario.

Yo creo que el problema, hasta donde es posible que se resuelva, puede resolverse por la *ciencia*, pero por la ciencia completa y no troncada; por la ciencia que parte del hombre como es, un sér moral y material, y cuyo bienestar no puede quedar nunca reducido á un mecanismo, ni realizarse sin el concurso de su voluntad y de su esfuerzo.

La necesidad de ser breve me obliga á concluir repitiéndote, que aún mirando la cuestion bajo el punto de vista más bajo y grosero, aún convirtiéndola en cuestion de *subsistencias* solamente, no puede resolverse sin que en su resolucion entre por mucho el elemento moral. Ni habrá mucho que comer, si no hay moralidad; ni, caso que lo hubiese, se distribuirá equitativamente la comida; ni aunque se distribuyera bien, la consumirias de modo que no te produjera indigestiones, deteriorara tu salud, te arruinara á ti y á los tuyos, y os dejara á todos miserables.

CONCEPCION ARENAL.

SECCION HISTÓRICA

EXTRACTO DE LA DISCUSION SOBRE LA INTERNACIONAL

EN EL CONGRESO DE LOS DIPUTADOS DE ESPAÑA (1)

Sesion del 7 de Octubre de 1871 y siguientes.

El Sr. Montero Rios (D. Eugenio).

Habia formado el propósito de no tomar parte en esta discusion; primero, porque creia que, dado el estado del país y el poco desarrollo que hasta ahora habia alcanzado en España esa desgraciada asociacion llamada la Internacional, y los medios que la prudencia gubernamental aconsejaba como preferibles para combatir sus efectos en el orden social, no habia llegado el tiempo de discutir aquí sobre ella, pero habia llegado el tiempo de gobernar. Mas tuve la honra, durante el período constituyente, de presentar á las Cortes la reforma del Código penal, y no puedo prescindir de responder á las alusiones que con este motivo se me han dirigido.

Para mí no ha sido nunca dudosa la cuestion relativa á los derechos individuales: he creido siempre que el derecho, como cualidad inherente á la naturaleza racional del hombre, tiene una existencia anterior y superior á la ley positiva; que este derecho tiene manifestaciones concretas en la vida social, civil y política; y que estas manifestaciones son las que llamamos, con frase de moda, derechos individuales.

Si el derecho es una cualidad inherente á la naturaleza racional del hombre, anterior y superior á toda legislacion positiva, sus manifestaciones, sus formas externas, que se conocen con el nombre de libertades individuales, son tambien anteriores y superiores á esa misma legislacion positiva, y el legislador no puede, por consiguiente, suprimir esas manifestaciones, ni arbitrariamente limitarlas, porque la limitacion es la supresion parcial de ese derecho.

Se ha encontrado una fuente de limitacion para estos derechos en el Estado, no en cuanto este es el representante del derecho de los asociados, sino en cuanto es una entidad diversa, que tiene funciones propias que no consisten en el ejercicio del derecho de aquellos á quienes representa, y que por consecuencia puede imponer á ese derecho del individuo limitaciones que no proceden del derecho de los demas.

(1) Véanse los números anteriores.

Al lado de esta teoría, profesada por el Sr. Alonso Martínez, que se resume en que las funciones del Estado consisten en reprimir, ilustrar y dirigir, está la teoría del Sr. Cánovas, que viene á reducir en último término las funciones del Estado á reprimir.

Cuando personas tan importantes como los señores que profesan estas teorías no están de acuerdo sobre una idea tan fundamental como es la noción del Estado, á mí no me toca hacer más que ponerme del lado de la sola represión.

Mas los que profesan esta dicen que no es posible el ejercicio tranquilo y ordenado de los derechos individuales en ninguna sociedad en que haya perdido su fuerza el sentimiento religioso.

Voy, pues, á hablar de este por mi propia cuenta. Creo tambien que en el mundo moderno hay dos gravísimos problemas que resolver, de los cuales depende el porvenir: armonizar la democracia con la libertad individual, y armonizar la libertad individual con la idea religiosa, con la idea cristiana, que para mí, que soy católico, tiene su forma más pura y más integral en la Iglesia católica.

Creo tambien que en este mar creciente de la democracia moderna, que no se puede contener por ninguna de las fuerzas de que la sociedad dispone, y con el cual hay que transigir y reconciliarse, se deben evitar dos terribles escollos: el de la tiranía de las masas, ó la anarquía; y el de la tiranía de un solio, ó el cesarismo. Para esto es indispensable infundir en la democracia el aliento de la libertad individual, que será la única que pueda corregir este gravísimo peligro. Creo tambien que la libertad individual, para ser fecunda en el orden social, debe inspirarse en el gran principio del deber, que tiene su base más firme en el sentimiento religioso. Pero hay una diferencia en mi apreciación: otros van en busca de esa gran fuerza religiosa por la senda del privilegio; y yo la voy á buscar por las inconmensurables vías de la libertad individual: otros quieren robustecer esa fuerza atrincherándose en el apertillado baluarte de la autoridad política; y yo quiero que esa fuerza vaya á luchar con las demas fuerzas de la democracia en el inmenso campo del derecho comun.

¿Quién tendrá la razon en esto? El porvenir tiene reservada la sentencia.

Vengamos al art. 198 del Código penal y á la noción de la moral pública.

He usado de esa palabra en el art. 198 y en otros del Código penal: debo fijar el sentido de ella.

Creo que la ley moral tiene fundamentos eternos, cuya naturaleza no habré de determinar, pero que son de una verdad evidente en todas partes y reconocida. Corresponden al mundo antiguo y al mundo moderno; á todas las latitudes, á todos los grados de civilizaci6n y á todos los hombres; fundamentos y principios eternos, que reconoce aquel mismo que los infringe en el mismo acto de infringirlos. Preguntad al ladr6n en el momento de apoderarse de lo ajeno, si cree que hay un principio moral que condena el robo, y os contestará que sí. Dirigid la

misma pregunta al adúltero, al calumniador, y os contestarán lo mismo.

En la aplicacion de esos principios eternos, que ningun pueblo ha desconocido, está para mí lo que constituye la moral pública; esos principios que forman un código escrito con caracteres indelebles en la conciencia humana; esos principios que no son patrimonio de ningun pueblo, de ninguna edad, de ninguna civilizacion; esos principios que forman por consiguiente la conciencia de todos los hombres, son los que han servido de modelo á lo que se llama aquí comunmente *costumbres públicas*, y las costumbres que no son conformes con esos principios se llaman malas costumbres; y las que se acomodan á ellos se llaman buenas costumbres.

Yo entiendo por moral pública esto, y nada más que esto. No comprendo en la frase *moral pública* las deducciones de los principios morales indicados, porque son discutibles y opinables en cada época, dentro de cada escuela, y hasta dentro de una misma religion. No puedo comprender, pues, en la moral pública eso que es contingente y variable, aunque se revista de la forma religiosa.

Me encontré con un artículo de la Constitucion que decia: «No pueden ser privados los españoles del derecho de asociarse para todos los fines de la vida humana que no sean contrarios á la moral pública.» Al reformar el Código penal incluyendo en él una sancion para los derechos que la Constitucion consagraba, hube de tener presente el art. 17, y por tanto dije en el art. 198 del Código: «Son asociaciones ilícitas: primero, las que no reconoce el art. 17 de la Constitucion del Estado; aquellas cuyo objeto ó cuyas circunstancias son contrarias á la moral pública. Segundo, aquellas que tienen por objeto cometer delitos penados por el Código.»

Pero se dice: ¿Puede el Código penal sancionar aquella parte de la moral, que por otro lado no incluye en ninguna de las categorías penales que en el mismo se comprenden? ¿Puede tomar á su cargo el Estado la proteccion de aquella parte de la moral que no sanciona el Código penal con una declaracion de criminalidad?

Creo que las esferas de la moral y del derecho son concéntricas, así como creo que los radios de la esfera moral son más extensos que los de la esfera del derecho.

Ahora bien: este, que fué el principio del razonamiento que me dió por resultado el art. 198 del Código penal, ¿es fácil que en la práctica de cada día se presente? Creo que no. De suerte que en esa disposicion, de carácter general y supletorio, es muy difícil que no estén comprendidos todos los actos inmorales que pueden ser objeto de una asociacion.

Y así, creo que lo lícito ó ilícito de la asociacion procede de la moralidad de su objeto, sin tener en cuenta que este sea ó no un delito, con arreglo á las disposiciones del Código penal, por más que en la práctica es muy difícil que se presente un caso semejante.

Se me ha interpelado para que manifieste tambien mi opinion sobre lo que es objeto principal del debate. Se deseaba saber si yo consideraba como inmoral la doctrina que niega á Dios; y tengo la dicha de contestar que sí. Se me preguntaba si consideraba yo como inmoral la doctrina que tiene por objeto la disolucion de la familia; y tambien tengo la satisfaccion de dar la misma contestacion. Y se me preguntaba, por último, si consideraba inmoral la doctrina que proclama la ilegitimidad de la propiedad individual; y tambien creo que esa doctrina es inmoral. Pero ¿se desearia saber algo más de mí? Lo supongo. Se desearia saber cómo aplicaba yo esta doctrina á la Internacional; y en este punto he de insistir en una observacion que el Sr. Rodriguez hizo. Yo creo que está en su derecho cualquier señor diputado al manifestar aquí sus opiniones sobre la Internacional, sobre la moralidad ó inmoralidad de una asociacion determinada; pero creo tambien que no compete á las Cortes el declarar aquí nada respecto á este punto concreto; porque eso equivale á pronunciar una sentencia de disolucion contra esa asociacion misma, y las sentencias no las dictan en España, ni en ningun país medianamente organizado, más que los tribunales; y además equivaldria á que dictásemos una sentencia sin oír al reo, sin oír al condenado.

El procedimiento se halla establecido de una manera bien clara. La Constitucion y el Código penal señalan bien el límite respectivo á los poderes públicos.

Yo entiendo que por regla general la profesion de doctrinas no constituye un acto inmoral que esté dentro del art. 17 de la Constitucion ó dentro del art. 198 del Código penal. Pero entiendo tambien que la profesion de doctrinas inmorales, hecha con escándalo, con peligro para su inmediata aplicacion; que la defensa, la propagacion de ciertas doctrinas, hechas con las circunstancias que se mencionan en el mismo Código, pueden dar muy bien carácter de ilícitas á ciertas asociaciones.

Pero no he de acabar sin llamar la atencion sobre ciertos importantes hechos. La Constitucion federal de Suiza contiene un artículo que dice poco más ó ménos lo que nuestra Constitucion; á saber, que es ilegal toda sociedad inmoral ó dañosa para el Estado.—Todos saben que en Suiza, si no nació, tuvo sus mejores días la Internacional; y sin embargo, allí la Internacional no ha sido disuelta por sentencia de los tribunales, ni tampoo por una ley.

En la Constitucion de Prusia hay un artículo en que tambien se reconoce el derecho de asociarse, pero con sujecion á las leyes penales. Tampoco los tribunales ni el Parlamento de Prusia han disuelto la Internacional por ninguno de los procedimientos que aquí se proponen.

Se trata, pues, no de una cuestion constitucional, sino de una cuestion de gobierno, que debe resolverse con arreglo á lo que aconseja la prudencia. Estamos conformes todos en que es necesario evitar las funestas consecuencias que la Internacional podria

traer para el orden social: estamos conformes todos en la inmoralidad de las doctrinas que se dice que profesa: en lo que no lo estamos es en el procedimiento que debe emplearse para combatir á esa asociacion.

No digo que abdicuemos de nuestro propio criterio; pero sí que es un fenómeno bastante extraño que nosotros, para quienes todavia la Internacional no ofrece serios peligros, como en otros países de Europa, queramos emplear contra la Internacional procedimientos que aún no se han empleado en aquellos. Persuadámonos todos de que el medio más eficaz para combatir el error es el de la verdad. Tengamos en cuenta que las consecuencias de la Internacional se evitarán de una manera más eficaz por dos procedimientos: ilustrando la inteligencia de las clases obreras, y educando su corazon; ilustrando, repito, su inteligencia, y en esto tiene ó puede tener una intervencion más directa, eficaz y decisiva el Estado; y educando su corazon, despertando en él el sentimiento del deber, y en esto puede prestar un auxilio muy eficaz la religion, mejor dicho, esto corresponde más principalmente á las instituciones religiosas del país. Por estos dos métodos, que son los más adecuados al peligro que nos amenaza, podríamos evitarle, podríamos conjurarle.

El Sr. Lostau (D. Baldomero).

Me limitaré á vindicar á esa asociacion que durante tantos dias ha sido calumniada, y á vindicar al mismo tiempo mi honra. Debo rendir testimonio de gratitud al eminente economista Sr. Rodriguez, que, leal adversario en lo político y lo social, ha venido sin embargo á defender la legalidad de la Internacional de trabajadores, la cual ha tenido en su favor oradores como los señores Castelar, Pi y Salmeron, que os han anunciado el advenimiento del proletariado á la vida de la inteligencia, por medio de la cual se verá libre de las trabas que le agobian.

El Sr. Candau me acusaba de que yo no concibiera la palabra de Dios, y por eso me excomulgaba como inmoral. Yo entonces dije, y lo repito ante la faz del país, que entregaba todos los actos de mi vida privada y pública, para que se viera si hay uno solo que desdiga de los altos principios de moral, que son y han de ser la base de toda buena sociedad. Lo que no concibo es que en nombre de la moral se quiera proscribir la idea y anatematizar al ateo, que no concibe la idea de Dios.

Voy á ocuparme de una de las cuestiones que se rozan con la Internacional, de la asociacion.

La vida práctica de la Internacional se reduce á dos cosas: á agrupar dentro de ella á todos los que viven en esa otra patria que se llama *trabajo*, y á procurar reivindicar donde y como pueda, dentro de las leyes, el derecho del trabajador, que si pide alguna hora ménos de trabajo, es para poder ilustrarse y adquirir la educacion que no tiene, y cuya carencia se le echa en cara.

En todos los países, en esa misma Inglaterra individualista,

se está operando este movimiento obrero; y allí los lores van á ponerse de acuerdo con los obreros sobre la reduccion en las horas de trabajo.

Al declarar, como se ha declarado, que la propiedad es sagrada é inviolable, que la propiedad es una extension de la personalidad humana, habeis declarado que el obrero tiene derecho á la propiedad, porque habeis dicho que sin la propiedad no hay libertad, y el hombre procura por todos los medios ser libre.

Vamos á ver lo que se hace para moralizar á la clase obrera, y qué moralidad tienen los capitalistas.

Visitemos minas, fábricas, y veamos cuántas horas se trabaja en ellas; veamos cómo está dividido el trabajo; y os convencereis de lo que significa en ciertos labios la palabra moralidad.

Allí veis niños y niñas de seis, siete y ocho años; jóvenes de ambos sexos confundidos en un mismo taller, en el taller que debe ser la base de la sociedad, porque yo creo que la base de toda sociedad es el trabajo; veis los niños empleados en trabajos superiores á sus fuerzas; y veis, en fin, convertido el taller en foco de prostitucion inmoral para esta familia, de que tanto se habla, creyendo que la mujer del obrero puede estar toda la semana acudiendo al taller y abandonando su casa, sin cuidar de sus hijos, sin poder cumplir los deberes de la maternidad. Id allí, y vereis que el día que se pide el remedio de este mal, se sujeta al obrero á la ley del hambre.

A los obreros las más veces, cuando han tratado de coaligarse ó de asociarse, se les ha dicho que cometen un delito, ahogando así la asociacion.

Os hablaré de las inmoralidades que ha tratado de remediar la asociacion Internacional.

Todos los congresos que ha tenido se han ocupado de la organizacion del trabajo en primer lugar, objeto al cual dedica todos sus esfuerzos; porque cree que únicamente contándose y asociándose los obreros, y no aislados, viendo las horas de trabajo en unos y otros países, y estando en continua relacion, podrán oponerse á la invasora marcha del capital, que se sobrepone cada día al trabajo.

Ha tratado del trabajo de las mujeres en las fábricas; y si bien no ha llegado á un acuerdo, en el congreso de Basilea y en el de Ginebra se consideró que el trabajo de las mujeres en las fábricas era una cosa perjudicial á la familia é inmoral para la humanidad.

Las secciones francesa y belga declararon que la mujer tiene su lugar en el hogar doméstico, y llena su mision educando á los hijos y cumpliendo aquéllos deberes más próximos y más conexos á la mujer.

Y ¿qué se dirá de un país en donde se declara que las aspiraciones del obrero á establecer la enseñanza integral son inmorales y minan la sociedad?

Se decia que la Internacional habia tomado acuerdos negando la familia, negando á Dios. Nadie ha podido presentar estos

acuerdos de la Internacional. Aquí tengo las actas de todos los congresos universales celebrados por la Internacional, que son los que forman el cuerpo de su doctrina, y no hay un solo acuerdo que se refiera á la familia ni á ninguna cuestion religiosa. Al contrario, cuando algunos individuos, en nombre de Dios, quisieron intervenir, la sociedad declaró como consigna en sus estatutos, que en la Internacional caben todos los individuos sin distincion de color, de creencias ni de nacionalidad.

La Internacional, que ha declarado en sus congresos el derecho y el deber que tiene la mujer á poder educar sus hijos, y por consiguiente, arrancarlos del fondo de esos talleres, que á su tierna edad sólo pueden viciar su constitucion física y embotar sus sentimientos morales, dada la organizacion perversa que el taller hoy tiene; la Internacional puede contestar á los moralizadores de hoy: ¿es moral vuestro proceder, sois vosotros los que respetais la familia? ¿Vosotros, que por un puñado de oro vendeis al mejor postor á todos ó á cada uno de sus miembros en la persona de los infelices esclavos en la desgraciada isla de Cuba?

Se dice que el que no acepte cierta clase de afirmaciones en sentido absoluto, *no es honrado, no es moral*, y por consiguiente, que se debe declarar á la Internacional fuera de la ley. Estas calificaciones parten de aquellos que se declaran maestros de los obreros sin visitar sus moradas, ni conocer sus costumbres y necesidades.

Aquí hemos visto que cuando las clases medias han llegado al poder, han adquirido los hábitos de las clases aristocráticas, y no se han inclinado hácia el campo democrático, que es á donde les llamaba la ley del progreso: han hecho todo lo contrario; han cometido con sus aliados de ayer, los proletarios, las mismas tropelias é iniquidades que con ellos habia cometido ántes del 93 la clase aristocrática.

Pocas palabras bastarán para probar esto. La clase media, cuando gracias á la filosofia de Rousseau y de Voltaire, se rebelaba en el año 93, y se vengaba de tan sangrienta manera en la cabeza de Luis XVI del derecho divino de los reyes, dijo que lo pedia todo, que lo queria todo; y todo lo obtuvo, como lo ha probado despues en la práctica. La clase media ha sido la iniciadora de estos grandes movimientos revolucionarios, en cuya cúspide veo el edificio de la redencion social del proletariado.

Y hoy, cuando el cuarto Estado viene á reclamar su puesto en el concierto de la vida pública; cuando viene á reclamar su derecho de intervencion en la actual sociedad, con más ó ménos entusiasmo, pero siempre con razon y con justicia, se dice que el periodo constituyente está cerrado, que los trabajadores y los obreros son lo ínfimo de la sociedad, que es necesario que el obrero tenga mansedumbre, resignacion; es decir, en vez de darles pan y derechos, se quiere que tengan la mansedumbre del esclavo, mediante la cual son tan felices y dichosos los negreros de Cuba.

Hoy por hoy, en la cuestion de moralidad, yo me glorío que no imitarán las clases obreras á las asociaciones constituidas por la clase media, cuya moralidad es por más de un concepto dudosa. Yo quisiera poder presentaros un cuadro estadístico comparando la moralidad y organizacion de las clases obreras con la de esas sociedades llamadas de crédito, de caminos de hierro, etcétera, etc., que han esquilgado el bolsillo de la confiada clase media. Yo quisiera hacer este parangon, para que se supiese qué es lo que significa la moralidad de ciertas clases, que se creen depositarias de los poderes divinos y terrenales.

¡Cuántos excesos no han cometido esas clases! Si os remontais á los tiempos pasados, os encontrareis con aquellas sangrientas hecatombes que en nombre de Dios se decidían, os encontrareis con las guerras de las Cruzadas, las cuales, aunque se dice que han civilizado al mundo, yo digo que desde el momento en que han apelado al exterminio para realizarlo, se ha impreso en la frente de las religiones una sangrienta mancha que será su eterna condenacion. ¿Quién de vosotros está limpio de estos excesos y violencias, de que está llena la historia de nuestras disensiones? Pues yo niego que la asociacion Internacional haya cometido esos excesos; y no me podreis citar un ejemplo de que en nombre de esa asociacion, y por acuerdo de la misma, se haya cometido un sólo acto de violencia.

Lo único que yo temeria, si no fiara mucho en la discusion y la controversia, es que algun dia las clases obreras, que se ven maltratadas por las clases más elevadas, copiaran vuestros actos. ¿Serán, por ventura, los representantes del llamado catolicismo los que han de reivindicar ese respeto á la propiedad? ¿No recordais nuestra historia contemporánea? ¿Se ha respetado el derecho antiguo? ¿Se ha respetado la propiedad? No; en esto, como en la herencia y en todo, habeis procurado imponer una contribucion y no la habeis declarado inviolable, como ahora quereis declararla. Vosotros habeis dado el ejemplo; no os quejeis de que los demas os imiten.

Presentais los sucesos de Paris, y no recordais que en el año 35 existian esas turbas que con el hacha en una mano y la tea en la otra pegaban fuego á los claustros é incendiaban los conventos de débiles mujeres. ¿Qué teneis que echar en cara á los de Paris?

Pasados los primeros dias de la revolucion, se ha ocurrido ahora traer al debate la cuestion de la moralidad ó de la inmoralidad de la asociacion Internacional, sin duda para tener el pretexto de suprimir el sufragio universal y algunas otras conquistas en que han tenido parte las clases obreras.

Me ocuparé tambien de un hecho sobre el cual se han fundado grandes acusaciones. ¿Os asombráis de que el trabajo sea internacional, y de que el obrero se declare internacionalista? Pues qué, dado el grado de civilization que hoy dia se ha alcanzado, ¿qué tendencias humanas hay que no sean internacionales? El comercio, las guerras mismas, todos los hechos que tienen

lugar en la esfera económica, tienen carácter general, carácter internacional. ¿No acudís á los banqueros ingleses á que os pres-ten dinero? ¿Cómo quereis impedir á los obreros españoles que se unan á las sociedades inglesas que trabajan en favor suyo? Para el trabajo, para la ciencia, para la inteligencia, no hay frontera.

En la humanidad hay una completa solidaridad de intereses, y el modo de curar los males de ciertos hechos, es procurar armonizarlos, es procurar que estén fundados en la base de la moralidad y de la universalidad.

Se dice: la asociacion Internacional obedece ciegamente á un consejo establecido en Lóndres; tiene reuniones secretas, y por eso debe proscribirse, porque un dia, reunidos ciertos elementos, podria producir una gran perturbacion social.

En primer lugar, esto es completamente inexacto. Todos sabeis que en los consejos de esta asociacion se rechaza *el principio de autoridad*, porque se cree que la libertad no debe estar subordinada al principio de autoridad; sabeis tambien que esa asociacion en sus estatutos ha declarado que cada seccion de cada pueblo es *completamente libre y autónoma*, y que los individuos que se envien á sus congresos para estudiar las cuestiones del trabajo, de las huelgas, etc., y hasta de la cooperacion de consumos, deben ser nombrados de un seno y llevar el criterio de su respectiva seccion. Sabeis que esta asociacion, al nombrar sus consejos regionales, lo hace por este mismo medio y adopta el libre sufragio de cada localidad, y allí nombra sus secretarios y sus corresponsales, no para dar órdenes, que para eso no tienen derecho, sino para servir de intermediarios para estrechar las relaciones que entre sociedad y sociedad deben existir.

En nuestros consejos solo existen tesoreros para recaudar los fondos de la sociedad, y secretarios para comunicarse unas provincias con otras, unas asociaciones con otras. No hay presidentes. Ahí esta todo nuestro poder. En cambio otros de los mismos que atacaban á la asociacion Internacional, nos hacian aquí la apología del jesuitismo, de una sociedad, cuyas reuniones no se celebran públicamente, y que obedece á jefes y mandatos del extranjero.

Si creéis que la Internacional debe proscribirse porque obedece á una asociacion extranjera, ¿por qué no aplicais el mismo principio á ciertas asociaciones religiosas? ¿Son españoles los jefes del jesuitismo, del catolicismo, de la sociedad de San Vicente de Paul? No veis, individuos del catolicismo, que atacais la misma religion cristiana, que dice que al hombre no debe preguntársele de dónde viene, en dónde ha nacido, sin que importe nada que venga de América ni de Asia, pues basta para amarle con que sea hombre?

Hablemos ahora de las cajas de resistencia. Son los recursos con que el obrero cuenta para llevar á cabo el fin que se propone la asociacion Internacional. Cuando se declara una huelga parcial, si está circunscrito su apoyo á los individuos que se han declara-

do en huelga, éstos no tienen más remedio que ceder á la fuerza del capital, y comprendiendo nosotros el gran principio de la solidaridad humana, y que sin él no podíamos llevar á cabo nuestro propósito, nos hemos prestado auxilio mutuo, y hemos realizado en el terreno de la práctica, en nuestras relaciones, la abolición del interés del dinero, que vosotros declarais inabordable, generosidad de que no han dado ejemplo las asociaciones de la clase media.

Voy á otros problemas, que ha tratado de resolver la asociación Internacional de trabajadores.

Habéis dicho que éramos enemigos de la propiedad, y os probaré que los amigos de la propiedad son los que sientan el principio de «que la propiedad verdaderamente legítima es aquella que se adquiere con el sudor del rostro,» y procuran para todos y cada uno de los individuos el producto íntegro del fruto de su trabajo. Como los productos del trabajo distan mucho de lo que es inherente á la naturaleza, hemos aceptado como principio para la propiedad de la tierra el colectivismo, porque creemos que la propiedad de la tierra, como el aire, como la luz, como el sol, es colectiva, y afirmamos el derecho individual, declarando el producto de la tierra para el trabajador que la cultive, é igual principio adoptamos al adoptar la propiedad colectiva de los grandes instrumentos del trabajo. De esta manera hemos creído hermanar estas dos ideas que hace tanto tiempo vienen luchando, el socialismo y el individualismo, y hemos dicho: propiedad ¿qué es? El fruto del trabajo del individuo. Pues esto es sagrado, esto es inviolable, esto debe respetarse. La tierra, este acervo general, sobre el que nos habéis dado el ejemplo de legislar, como, por ejemplo, sobre las minas, lo cual nos ha probado que obedecíais á estos principios por nosotros admitidos; la tierra la declaramos colectiva.

Este es nuestro principio; pero no hemos hecho todavía, ni tiene nadie el derecho de decir cuáles serán las leyes que desarrollen esta base del nuevo organismo.

¿En dónde está, pues, la inmoralidad de nuestras doctrinas?

Respecto de algunas otras acusaciones, no admito que se atribuya á la colectividad lo que pertenece sólo á determinados individuos, cuyas ideas no son en manera alguna acuerdos de la colectividad. Habéis dicho que la Internacional era intolerante, cuando no ha habido una reunión sola á que no hayan asistido hombres de distintas escuelas á discutir con nosotros. En Madrid, en Barcelona, y en todas partes ha sucedido lo mismo, porque nosotros creemos que la humanidad no podrá progresar sino emancipando á la clase obrera, y por eso pedíamos el concurso de todos.

Se ha dicho también que los Internacionalistas desdeñan á los obreros de la inteligencia. En Bélgica tenemos secciones compuestas de maestros de escuela y de periodistas. ¿Cómo podeis, pues, acusarnos de ir contra la inteligencia, cuando por reconocernos ignorantes queremos establecer la enseñanza integral para

que esta se universalice? Hemos reconocido la necesidad inmediata y necesaria de la enseñanza integral y la creación de *escuelas-talleres*, cuya iniciativa pertenece á la Internacional.

Se ha atribuido también á ésta el tener por base el ateísmo. Ya os manifesté ser esto inexacto; pero aunque no lo fuera, dadas las leyes actuales, todo español puede pensar lo que su inteligencia le sugiera respecto de las afirmaciones divinas y humanas. Pero como de esto se ha hecho un arma intencionada, rechazo, al mismo tiempo que la acusación de ateísmo hecha á la Internacional, la complicidad que se le atribuye en los sucesos sangrientos de París.

¿Hay ninguna asociación que profese como principio el saqueo y el incendio, que es lo que se ha dicho de la Internacional?

Hombre de buena fe y amigo de la verdad, creo que con estas declaraciones apasionadas, se provoca á la guerra de clases, guerra más tremenda que la de nación á nación y la de bando á bando.

He conocido á la mayor parte de los individuos que tomaron parte en los acontecimientos de París; he seguido paso á paso aquellos sucesos; he estudiado sus decretos; he leído sus deliberaciones, y declaro que en España, en nuestras revoluciones, hemos ido en ocasiones más allá que la *Commune* de París.

Decís que se ha incautado de algún metálico y de algunas alhajas de iglesias; y teneis valor para decir esto como un cargo, los que contais entre vuestras glorias el nombre ilustre de Mendizabal, que hizo mucho más que eso.

Resulta, pues, probado, no sólo con los hechos, sino con la doctrina, que la violencia no forma parte de nuestro credo; y resulta probado que queremos la discusión y los medios pacíficos; pero en defensa propia usamos de aquellas armas que son naturales en cada hombre y en cada colectividad, cuando se ven atacados.

Voy á concluir pidiéndoos que voteis cuanto ántes esa ley de proscripción de la Internacional, porque así el país sabrá qué pensar respecto de la lealtad de ciertos gritos revolucionarios. De esta manera cualquiera sabrá á qué atenerse; y quien verdaderamente quedará fuera de la ley y dentro de la arbitrariedad sereis vosotros todos los que voteis la proscripción de la *Internacional de trabajadores*: ella está muy por encima de vuestros caprichos y arbitrariedades.

CRÓNICA Y VARIEDADES

La reciente asociación titulada «Alianza universal del orden y la civilización» organizada en Francia, cuenta al parecer con el apoyo del gobierno francés, de varios prelados y de algunos distinguidos escritores.

Su principal objeto es la defensa de los legítimos intereses de la familia, del

trabajo, de la proptedad, y de los progresos regulares de la civilizacion, precaviendo toda perturbacion violenta; y procurando la solucion de todas las cuestiones sociales. Es decir, que es una alianza contra la Internacional.

Aunque todavia no se vea determinada y clara la defensa social, parece que comienza á despertarse el espíritu público de las naciones en contra de la Internacional.

Nuestra Revista, que se ha propuesto esa mision importante, consignará con mucho gusto cuanto se adelante en este sentido.

La huelga de los campesinos de Inglaterra, que comenzó en el condado de Warwick, se habia extendido á algunos otros condados, y ademas de la disminucion de horas de trabajo, pedian los braceros el aumento por semana desde 18 schellings á 24, ó sea un jornal de 19 reales diarios. Al mismo tiempo que los propietarios resistieron aumento tan considerable, no han perdonado esfuerzo para mejorar la condicion de las familias que trabajan en el campo. Siendo una de sus más justas quejas las malas condiciones de las habitaciones, el conde de Warwick, y á su ejemplo los principales propietarios, han empezado á edificar pequeños *cottages*, como se llaman allí las casitas de campo, que todas tienen su horno, su establo y su pequeño jardin, alquilándose las más caras por una libra esterlina al mes.

En Escocia surgió la huelga de las criadas de servicio, pero esta no presentó caracteres tan alarmantes. De todas suertes, Inglaterra no debe descuidar la cuestion social, más grave en ella que en nacion alguna.

El Eventng-Standard ños ha proporcionado algunas noticias acerca de la reunion que en Lóndres han celebrado los separatistas de la *Internacional* (no en vano se creía que la presencia de los refugiados franceses habia de ocasionar un cisma).

Reuniéronse los separatistas en número considerable en una taberna de Leicester-Square, titulada del *Cisne Negro*.

Presidió M. Richard, y tomaron la palabra varios individuos de las secciones francesa, alemana é inglesa, manifestando la poca confianza que les inspiran los secretarios generales y los principales jefes del Consejo, y censurando algunos de sus actos.

Adoptóse una larga serie de resoluciones, condenando como muy malo el sistema de administracion que se sigue actualmente en la *Internacional*, protestando contra la obligacion que se impone á todos los afiliados, y que por cierto no consta como tantas otras en el reglamento, de prestar juramento de no inscribirse en ninguna otra asociacion democrática; y denunciando, por último, los medios que emplean ciertos socios para hacerse elegir secretarios ó delegados propagandistas *con sueldo*.

Finalmente, y nótese estas palabras, que quisiéramos ver repetidas de modo que todos los obreros lleguen á conocerlas, muchos de los separatistas pertenecientes á la seccion inglesa han declarado que *al ingresar en la Internacional no imaginaron siquiera que una asociacion tratara de imponer leyes y reglamentos tan tiránicos como los que se les han impuesto*.